



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

El Padre Damián biografía de Hilde Eynikel (4)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (4)

Capítulo VI	
KOHALA-HAMAKUA, 1865-1868 (continuación).....	3
Capítulo VII	
LA ERUPCIÓN VOLCÁNICA Y OTRAS CATÁSTROFES 1868-1873	4
Capítulo VIII	
LA DECISIÓN. Mayo 1873	13
Capítulo IX	
HACERSE ACEPTAR. Mayo 1873 - Enero 1874.....	23

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (4)

Capítulo VI

KOHALA-HAMAKUA, 1865-1868 (continuación)

(Pg. 94 libro)

Damián pasó la mayor parte de los primeros meses del año 1868 en Waipio. Le gustaba este valle fértil donde crecían las nueces de coco, las bananas, los helechos comestibles; los riachuelos desbordaban de camarones; en cuanto a la mar, bastaba con agacharse para recoger pescado; era un verdadero edén. Pero como toda medalla tiene su envés, este paraíso estaba infestado por el hombre-tiburón. Semejante a todos los otros individuos, este hombre se introducía en un túnel secreto al caerla noche; una aleta le empujaba sobre la espalda, salía a flote sobre el centro de las aguas y devoraba a los pescadores que habían salido a la mar.

Damián terminó la construcción de la iglesia de Waipio a finales de enero. Estaba preocupado por el número de convertidos que cada día engrosaban las filas del profeta apocalíptico Kaona: "Arrepentíos" clamaba por todos sitios este último anunciando para pronto la segunda venida de Cristo que causaría la desaparición de la isla, después del archipiélago y finalmente de la tierra entera. Sus adeptos, vestidos de largas ropas blancas, se volvían contra los blancos a quienes acusaban de todos sus males: lepra, enfermedades sexuales, alcoholismo... El día en que los kaonitas se pusieron a robar las propiedades de los blancos, el shérif ordeno arrestarlos. El profeta fue llevado a Honolulu donde, para evitar el escándalo de un proceso, se le declaró loco, algo que no enfrió en modo alguno el celo de los partidarios, convencidos más que nunca de que el volcán estaba preparado para explotar.

Habiendo oído que su hermana Constanza acababa de sucumbir al tifus que arrasaba Bélgica, Damián la dedicó la misa del día y prometió inaugurar la iglesia de San Juan Bautista, que acababa de ser autorizado para construirla en Waimea, con un servicio fúnebre en su honor. Imploró También al Señor que hiciera cesar las lluvias torrenciales y las sacudidas telúricas que, desde marzo, azotaban casi cada día la costa de Hamakua. El mes siguiente, redoblaron su intensidad; los viajeros contaban que el lago de lava del cráter Kilauea había desaparecido: la montaña se había tragado la masa en fusión.

(Aquí el texto original introduce las fotografías en papel couché. hasta la pg. 112)

Capítulo VII

LA ERUPCIÓN VOLCÁNICA Y OTRAS CATÁSTROFES 1868-1873

El 27 de marzo, víspera del domingo de Ramos, una nube de humo de más de un kilómetro de altura se elevó sobre el volcán. El guía Upa pegó la oreja al suelo y percibió claramente el chapoteo de la roca en fusión contra la costra terrestre, como si masas de agua hirviendo intentaran furiosamente levantar la tapadera de una gigantesca marmita. Huyó a Hilo.

El domingo, cuando preparaba la Misa, Damián fue violentamente arrojado a tierra. Pudo celebrarla y distribuir las palmas benditas ante de que una nueva sacudida no quebrara el edificio. La tercera se produjo a la hora del oficio por la tarde al Smo. Sacramento. El misionero decidió dormir al exterior alejado de muros y de árboles.

Toda la noche y por la mañana siguiente la tierra continuó temblando. Hacia la noche las sacudidas disminuyeron en frecuencia y en intensidad. Para alejar el peligro, el sacerdote organizó una vigilia de oraciones, en la que tomaron parte un gran número de parroquianos. Sus súplicas parecía que habían sido escuchadas y Damián pudo preparar a los creyentes para cumplir con Pascua. El Viernes santo, después de la liturgia de la Pasión, los fieles abandonaron la iglesia cuando un nuevo seísmo sacudió la construcción de madera. Damián se cayó de nuevo, intentó agarrarse alas grietas entre las planchas, sacudido por el balanceo de la tierra y tuvo las impresión de sufrir el mareo en el mar. Cuando logró salir del santo lugar constató para su desconcierto que buen número de árboles habían sido arrancados, como machacados por la mano de un gigante. Todas las construcciones en ladrillos se habían derribado y la mayor parte de cabañas de planchas estaban muy estropeadas. Una espesa nube negra taponaba el cielo y el sol palideció antes de desaparecer por completo. El fin del mundo parecía próximo.

Este proceso de Apocalipsis había comenzado la noche del 2 de abril 1868, cuando el zócalo del Kilauea se hundió. El estruendo de los desprendimientos era de tal modo ensordecedor que se creyó que el planeta explotaba. Las aguas del mar se habían retirado más de un kilómetro bajo la violencia del choque y se veía el fondo. Cuando las olas ardientes retornaron de repente, engulleron la ciudad azucarera de Punaluu donde, por orden del obispo los sacerdotes habían utilizado los vestigios del *heiau* para construir su iglesia que desapareció con el torbellino.

Cuatro días después de la erupción, el capitán del Kilauea, a bordo del cual se encontraban Kamehameha V y Mons Maigret, consiguió por fin entrar en la bahía de Hilo; Hizo el pabellón real y la población local gritó vivas. El padre Charles Puzot mostró a su obispo las ruinas de su iglesia: uno de los campanarios se había caído y el otro estaba de tal modo agrietado que no quedaba más remedio que demolerlo. La iglesia católica había sido la construcción más gravemente tocada del lugar.

Los hawaianos, que vieron en ello una manifestación de los espíritus, injuriaron al obispo. El Viernes santo, la diosa del volcán se había vengado de los *hao/e*: Cristo había muerto en cruz, pero Pele estaba viva. Los padres habían violado un *heiau*, el maremoto era el justo castigo de su crimen. Los nativos reclamaron la liberación del profeta Kaona que había anunciado el desastre inminente; la erupción era un presagio del fin de los tiempos.

En Kohala-Hamakua, las iglesias y las casas estaban en ruina, las casas de paja destrozadas, los cirios y los braseros habían provocado incendios, las ruinas llevadas por la tempestad habían causado muertes. Todas las carreteras que llevaban a Kohala estaban inundadas o agrietadas. El capitán del vapor intentó unir por el camino del mar las provincias afectadas. Cuando se dio cuenta de un *maelström* (remolino) inhabitual en la superficie de las aguas, ordenó dar una media vuelta; si había allí un volcán submarino, su barco peligraba hundirse con personas y bienes. No se atrevió a proseguir su ruta hasta el distrito de Damián.

Durante dos meses, una espesa nube negra permaneció extendida sobre la Isla Grande, como un velo fúnebre. Cada día estallaban las tormentas. Una fina capa de cenizas se había depositado por todas partes y se filtraba por el menor intersticio. Eran numerosos los que tenían problemas respiratorios. Todos cuantos tenían medios de huir abandonaron la isla.

Mons. Maigret se decidió por fin enviar a Damián el asistente que reclamaba desde hacía tanto tiempo. Escogió para ello a Gulstan Ropert, hijo de un pescador bretón que no se asustaba ante el trabajo. Desembarcó el lunes 19 de junio 1868 en Kailua, donde alquiló un caballo para llegar a Kohala-City. No habiendo encontrado allí a Damián se puso a retirar las ruinas de la iglesia de San Luis. El sábado por la tarde, al aproximarse a su parroquia, Damián vio a un hombre en sotana que quitaba los escombros. Descabalgó su montura y se arrojó en los brazos de su compañero. Se conocían, habían estudiado juntos en Francia y se habían vuelto a ver en Honolulu.

"No olvidaré jamás esta escena chocante, relata Gulstan. Me decía: Yo había pedido a mi hermano Pánfilo y sois vos quien le reemplaza. Pero, le dije, no veis bien que yo soy Pánfilo, vuestro hermano, la voz no es quizás la misma, pero los vestidos... Irad bien ¿de quién son? Él miró y en efecto, yo llevaba una sotana hecha para el P. Pánfilo y su nombre estaba bien cosido en el interior. Oh, gritó él: "Vox quidam? Vox Gustani, sed manus, manus sunt Pamphili", haciendo así referencia al relato de Isaac y de sus dos hijos: "La voz es la de Jacob, pero los brazos son los de Esaú!" (Gen. 27,22)

Como Gulstan no tenía suficiente experiencia para encargarse de inmediato de una parte del distrito y porque Damián tenía necesidad de compañía, decidieron trabajar juntos. Había tanto que hacer allí: la nube de cenizas impedía que el sol atravesara, en consecuencia todo estaba carcomido y emmohecido; la mayor parte de los caminos estaban todavía impracticables y todas las construcciones reclamaban pesados arreglos.

Gulstan hubiera deseado respirar un poco, pero Damián no conocía tregua ni reposo. El bretón se quejaba de no poder seguir el ritmo de su compañero, pero este permanecía sordo a sus recriminaciones: había que hacer, los kaonitas le arrebatában demasiados fieles.

Estos habían obtenido la liberación de su profeta que, si era un visionario, no estaba loco. Instaló un campo en la Isla Grande, sobre un terreno perteneciente a William Lunalilo, un pretendiente al trono. Sus adeptos construyeron allí cabañas. El jefe de policía, el americano Neville hizo rodear el campo y ordenó a los sectarios que entraran allí. Los fanáticos rehusaron e injuriaron a las fuerzas del orden. El shérif dio a sus tropas la orden de atacar; los kaonitas respondieron lanzándoles piedras. Neville disparó un tiro al aire, desencadenando por ello una lucha en regla. Un sector mató a un policía de un golpe de hacha, otro desarmó al shérif y le hirió gravemente. Kaona le hizo ejecutar de manera ritual: sus discípulos le cortaron de inmediato la cabeza y llevaron en procesión su cabeza a través del campo.

Las cosas habían llegado demasiado lejos. El nuevo gobernador de Ohau, John O. Dominis, recibió la orden de enviar un regimiento a la Isla Grande. Los soldados dieron orden de asalto en compañía de policías liberados. Dándose cuenta de que no tenían ninguna posibilidad de suerte, los miembros de la secta se rindieron, sin ofrecer alguna resistencia cuando el ejército los prendió a todos, hombres, mujeres y niños. Los hawaianos desaprobaron esta manera de obrar, estaba mal poner esposas a gentes que tenían una Biblia en la mano. También por no recalentar más los espíritus, el ejército se contentó con arrestar a Kaona. Damián estaba persuadido de que sería condenado a la pena de muerte, pero el profeta cumplió con diez años de trabajos forzados. En la carta de felicitación del año nuevo a sus padres, Damián dio un resumen de los grandes problemas a que se encontraba enfrentado: catástrofes naturales, una secta la lepra. A pesar de su descorazonamiento, se crecía en el trabajo. Incapaz de seguir este ritmo, Gulstan decidió, después de diez meses de trabajar juntos, dirigir él mismo el distrito de Hamakua. Damián seguiría sirviendo a Kohala, y la hermosa ciudad de Waipio sería su lugar de encuentro.

En marzo 1869, Mons. Maigret anunció que tomaría parte en el Concilio de Roma; no había recibido todavía invitación formal, pero era de pública notoriedad que el Papa preparaba una asamblea general de obispos con el fin de condenar el liberalismo, el materialismo y el racionalismo. Bien pronto, la infalibilidad pontificia se convirtió en el principal objeto de debate. Como Maigret era de tendencia liberal, juzgó como un deber reforzar a los adversarios de este dogma.

En agosto 1869, Damián decidió consagrar su homilía a este asunto. El reino de Dios no es de este mundo, decía en sustancia, es un concepto divino. Cristo es su piedra fundamental, Pedro (el Papa) representa la unidad y la permanencia. Cristo es el jefe infalible de la Iglesia. La Iglesia católica no se convierte en culpable de contradicciones. Las cuestiones son allí discutidas abiertamente, a excepción de los puntos firmes por una doctrina. Dos o tres papas cumplieron mal su función. Escuchad sus enseñanzas y no miréis sus actos. Si n papa u obispo o un sacerdote se comporta mal, obedecedle pero no le imitéis.

Este sermón en inglés fue dado por Damián seis meses antes de la apertura del Concilio en la basílica de san Pedro. Estaba claro que la cuestión de la infalibilidad sería su tema central. Las sesiones se clausuraron en verano de 1871.

En Hawaii Damián estaba en conflicto consigo mismo. Escribe a sus padres que se ha endeudado en 400 francos por haber sobrepasado el presupuesto asignado para la construcción de la iglesia de Waiaka. Él le asegura sin embrago, tiene buena salud y pesa casi noventa kilos.

Pero su moral está por los suelos. La desnudez de los parroquianos le inquieta, está deprimido. Por otro lado fue este el solo periodo de su vida en que sintió estos problemas.

A finales de 1869, escribe a Modesto: *"Acabando el año durante el que os he causado muchas preocupaciones y aprietos, me siento obligado a pedirlos muy humildemente perdón por mi indocilidad y mi poca sumisión con usted"*. Pero quizás no hay que ver en ello masque una alusión a los gastos elevados ocasionados por la construcción de la iglesia. Algunos días más tarde, tuvo un acceso de fiebre y se sintió muy débil. Tardó mucho tiempo en reponerse y quedaría en adelante sujeto a los resfriados.

Damián no era el único que estaba atravesando un periodo difícil. En Molokai, la pareja Walsh, que dirigía la colonia de leprosos, no podían más. Donald no había logrado imponer la disciplina militar que deseaba. Estaba desampara y tenía necesidad de vacaciones. Partió para Honolulu con su mujer y su hijo, pero en el curso de la travesía contrajo una hemorragia cerebral y murió en la mar. El estado de su hijo medio demente empeoró. Su esposa ensayó retomar sola el lazareto, pero fue forzada a abandonar la partida, a penas nos mese después.

Un leproso, antiguo capitán de los Hawaiian Royal Guards, fue nombrado a su sucesión Este hombre, que tenía una gran autoridad, rigió el establecimiento hasta 1872, cuando la enfermedad le impidió ya trabajar. Fue durante sus mandato cuando los protestantes obtuvieron la autorización y los medios para construir una pequeña iglesia en madera, que fue consagrada el 28 Octubre 1871 y llamada *Siloama* donde, en el Nuevo Testamento, Jesús envió a lavarse al ciego que volvió viendo normal (Jn. 9, 11) No queriendo quedarse atrás, los católicos organizaron una colecta de fondos en el archipiélago para la

erección de un lugar de culto en Molokai. Los parroquianos de Damián dieron 20 piastras; el padre Raymond fue a predicar un retiro a los leprosos, después los padres Aubert y Bonifacio Schäffer visitaron a su vez a los proscritos.

No hemos conservado más que pocas cartas de Damián referentes a los seis primeros meses de 1870, pero poseemos algunos esbozos de sermón. En julio, pide a sus fieles que mediten a menudo sobre el amor de Jesús por los hombres, amor que se manifiesta diariamente por los beneficios que les otorga, principalmente la remisión de sus pecados.

El 28 de agosto 1871, aborda la cuestión del pecado original. La falta del primer hombre se ha transmitido a toda la humanidad, pero el bautismo restaura la gracia. El corazón del hombre es semejante a un jardín abandonado, donde el jardinero sufre todas las penas del mundo para extirpar las malas hierbas. Los hombres pecan, su alma muere, el demonio se apodera de ella y la reduce a esclavitud.

Mons. Maigret estaba todavía en Roma y el entendimiento no era mejor entre Damián y el Provincial Modesto, un hombre amable y sumiso, pero ahorrador. Sabemos por su correspondencia que tuvieron tiempo de arreglar numerosos problemas durante el retiro anual de agosto 1870. Fue en esta ocasión cuando Damián se enteró de la muerte del superior general Euthyme Rouchouze. En una carta fechada el 1 de setiembre, Damián confía al nuevo superior de la congregación, Sylvain Bousquet, las dificultades que tuvo antes de la llegada de su compañero Gulstan: *"Además de por la asistencia del espíritu Santo, la experiencia de cuatro años me ha probado que el misionero tiene necesidad de la asistencia de un compañero para hacer desaparecer una especie de ideas negras producidas por el contacto diario con un mundo corrompido, que poco a poco engendra una suerte de melancolía insoportable"*. Asegura también al superior que se entiende perfectamente con su compañero y que los pocos días que pasan juntos cada mes, les ofrecen agradables momentos de respiro. Por primera vez después de meses, Damián parece ver las cosas de manera positiva. Los protestantes ya no son su principal objeto de preocupación, después de que los misioneros americanos han renunciado unos tras otros a su apostolado para consagrarse al comercio. En cuanto a los predicadores hawaianos, no le hacen sombra, porque se hacen pagar por todas sus prestaciones.

El Concilio de Roma había terminado desde hacía un mes. El 18 de julio, el dogma de la infalibilidad pontificia había sido votado por 533 votos a favor y dos en contra, habiendo antes abandonado prematuramente la ciudad del Vaticano 80 adversarios para no tener que tomar partido contra el Papa. Mons. Maigret debía ser uno de ellos, porque su nombre no figura sobre la lista de votantes.

Las sesiones se habían eternizado, después el escrutinio había sido organizado de prisa. En efecto, después de la invasión de Francia por el ejército prusiano, los partidarios de la unidad italiana se volvieron contra los Estados Pontificios y Garibaldi ordenó a sus tropas marchar sobre Roma. El 1 de setiembre,

Napoleón III capituló en Sedán, y el 20 de setiembre Roma fue ocupada. El emperador de los franceses abdicó y fue proclamada la Cuarta República. Al Papa se le asignó como residencia el Vaticano.

Damián temía que fuera invadida Bélgica. En una carta a sus padres, les dice haber sabido por rumores la proclamación de la infalibilidad papal y les pedía se lo confirmasen., sin por tanto darles a conocer su propia posición. Debió estudiar este tema en Louvain, en tiempo de la proclamación en 1854 del dogma de la Inmaculada Concepción. Sus profesores adoptaban la doctrina clásica según la cual la Iglesia católica era infalible en su totalidad y estaba al abrigo de todo error en materia de fe. Una asamblea ecuménica era infalible cuando promulgaba un artículo de fe por unanimidad y con la bendición papal. En casos excepcionales, el papa en persona era infalible. Pero Louvain juzgaba que no se trataba de hacer de ello un dogma, que habría concedido demasiada autoridad al sucesor de Pedro.

Damián esperaba que Mons Maigret volvería de Europa con nuevos candidatos. ¿Quizás Pánfilo? ¿No se realizaría jamás este sueño? Escribió a su hermano, en un sabroso remedo de dialecto flamenco, que está preparado para recibirle, servirle el café fuerte y sus huevos con tocino y que él mismo acaba de comprarle un par de caballos. Su deseo de volver a ver a un miembro de la familia era tan grande que pedía a sus padres que convencieran a su sobrino Jan, el mayor de su hermano Léonce, de que ocupara la plaza de Pánfilo.

El 14 de octubre, Mons Maigret desembarcó por fin en Honolulu, en compañía de tres misioneros alemanes. Damián tomó inmediatamente el barco para ir a desearle la bienvenida a su querido superior. Encantado este también de volver a ver a de Veuster, el obispo le confió la homilía de la misa mayor. Por la noche, relató a sus sacerdotes las noticias de Europa, sobretodo que el nuevo superior general no tenía la intención de realizar reformas radicales. En cuanto al Concilio, esquivó el tema, lanzado en la descripción del esplendor del continente americano que había atravesado en tren de parte a parte.

Damián se sentía mucho mejor. Escribió a Modesto diciendo que había bautizado veintinueve personas en 1870, diecisiete adultos y doce niños. Había bendecido ocho matrimonios, de los cuales dos mixtos. En cuanto a las defunciones, no había preparado la cuenta.

En la primavera 1871, un nuevo golpe duro vino a temperar su entusiasmo renaciente. Damián acababa de comenzar la construcción de la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria en Halawa., cuando un huracán arruinó la obra. El distrito de Gulstan que había sido aún más duramente tocado, los dos sacerdotes cambiaron la sotana una vez más por la vestimenta de carpintero. Tenían poco tiempo que consagrar a los enfermos.

Cuando las iglesias estuvieron reparadas, Damián eligió la fecha del 15 de agosto para la consagración de la iglesia. Al no poder estar presente Mons Maigret, el superior de la isla oficiaría en su lugar. Pero una semana antes de

la ceremonia, un segundo huracán devastó la Isla Grande. Ciento cincuenta casas fueron destruidas hasta los cimientos en Kohala Cyti. No quedaba ya nada de las cuatro iglesias servidas por Damián: San Luis en Kohala, San Juan Bautista en Waiaka, San Luis en Waipuka y los Sagrados Corazones en Kawaihae. La bonita villa de Waipio, ya no era más que una ruina. Enterado del desastre, Mons Maigret tomó de inmediato un billete para Hawaii. Acompañado de Gulstan y de Damián, hizo la gira de las parroquias para evaluar la amplitud de los desastres. Les prometió enviarles dos hermanos carpinteros, cuando estos hubieran terminado los trabajos de la prestigiosa iglesia de Wailuku regentada por el padre Leonor Fousnel.

Durante esta gira, Damián tuvo la ocasión de abordar todos sus problemas con su mentor. ¿Cómo refutar entre los nativos la idea quimérica que decía que la diosa del volcán se hubiera vengado de los católicos el Viernes santo? ¿Cómo salvar las escuelas? ¿Cuál era el problema más importante: el paganismo o el protestantismo? ¿Cómo enfrentarse a la inmoralidad ambiental? Ahí estaba el verdadero problema, porque el sexo engendraba enfermedades repugnantes como la sífilis, la gonorrea y la lepra, esta última considerada por los médicos como el cuarto estadio de la sífilis. Mostrarles consideración y amor, le respondió Mons Maigret, esas son las condiciones indispensables para transmitir su mensaje de fe a los hawaianos.

La víspera de la partida del prelado, un empleado de correos trajo un sobre. Maigret palideció, meneó la cabeza, sus ojos se empañaron de lágrimas y dijo atropelladamente: *"Han muerto. Todos son mártires"*.

Después de la derrota de Napoleón III y la proclamación de la Cuarta República, el gobierno prusiano había decidido proseguir las hostilidades y su ejército había llegado a las puertas de París. El rey de Prusia Guillermo I se hizo coronar emperador en la galería de los Espejos del castillo de Versalles. El nuevo gobierno francés capituló por fin y el armisticio fue firmado (28-29 enero 1871). Pero la villa de París, que no estaba aún ocupada, instauró una Comuna insurreccional y entabló la lucha contra el ejército nacional. A pesar de los asaltos diarios de las tropas versallesas, los comuneros se defendieron con encarnizamiento y no se rindieron más que después de una carnicería (semana sangrante 22-28 mayo) en la que cayeron 30,000 parisinos.

Durante este asedio que duró varios meses, los establecimientos católicos fueron declarados hostiles a la Comuna. Veinticinco padres y hermanos del convento de la calle de Picpus fueron arrestados. El furor popular reclamaba sangre, un tribunal proletario condenó a muerte a cuatro de estos religiosos: Frezal Tradieu, el superior que había autorizado al joven Jef de Veuster pasar sus vacaciones en el convento de Louvain y había más tarde sido su profesor; Ladislas Radige otro profesor de Damián, reputado por su mansedumbre; Polycarpe Tuffier el ecónomo que había acompañado al pequeño grupo de padres y hermanas misioneros hasta Bremenhaven, y Marcellin Rouchouze, un pariente del superior general de la congregación muerto poco antes. El 26 de mayo 1871, fueron llevados a un cementerio y ejecutados.

Damián estaba golpeado de estupefacción, sus mejillas estaban bañadas de lágrimas. ¡Esos hombres eran sus hermanos, sus compañeros! Tan solo la oración podía aún ayudarles. ¿Pánfilo quizás tenía razón de querer permanecer en Europa? ¿No era allí donde se encontraban los verdaderos paganos? El anticlericalismo francés ¿no era peor que el paganismo? Y Damián ¿no debería haberse batido contra la muchedumbre que linchaba a los sacerdotes de París en lugar de construir iglesias en Hawaii?

Damián estaba a menudo triste y sombrío contemplando la puesta del sol: los hawaianos concluyeron de ello que tenía nostalgia de su país o de una mujer. Creyeron comprender más tarde la fuente de su pesadumbre: pensaba en los leprosos de quienes se ocuparía un día. Ciertas noches, erraba sin fin en el bosque; al día siguiente su melancolía era tan profunda que no dirigía una palabra a nadie. A los ojos de los hawaianos solo una pesadumbre de amor explicaba esta languidez. Loloa habitaba el bosque y ella amaba al sacerdote, todo el mundo lo sabía.

Cuando los cazadores de novedades oyeron la historia del sacerdote y de la mujer leprosa, preguntaron a los del pueblo, pero estos ponían cara de no saber nada. Ninguna amenaza les podía hacer hablar, habían olvidado el rumor que ellos mismos habían propagado.

"Tratamiento humano para Molokai": este era el grito que repercutía por la isla. En Hawaii, no se hablaba más que de la iglesia que el hermano Bertrand había construido en la isla maldita y que, el 30 de mayo, sería consagrada a santa Filomena. La devoción a esta "virgen mártir", de la que se ignoraba todo y de la que solo los huesos habían sido descubiertos en las catacumbas de santa Priscila en Roma, había sido extendida en Italia y en Francia por el párroco de Ars. Había curado a Pío IX de su epilepsia y era considerada como la patrona de las causas desesperadas. Se la atribuían poderes semejantes a la fuente de Siloé.

La leprosería de Molokai tenía una iglesia, pero no un sacerdote titular. Nada en las cartas enviadas por Damián a sus padres, a Pánfilo y a su hermana Paulina deja suponer que era el candidato a este puesto. Describe a sus padres su consuelo de que a "nuestra querida Bélgica" se le haya ahorrado la guerra franco-prusiana. Se muestra más sarcástico con Pánfilo de quien no ha tenido una sola noticia en tres años: *"¿Sigues siendo profesor en Versalles y cómo te ha ido el jaleo con los prusianos durante su estancia en esa villa? Los diarios nos han puesto al corriente de los terribles efectos de esta guerra. También han hablado de sacerdotes comprometidos. Sin embargo no han hecho mención de ti, mi querido hermano. ¿Habréis tenido la cobardía de temer las balas de los cañones? Jamás hubiera sospechado esto de un belga de Tremelo!!!"*. Cuando Damián dirige estos reproches a su hermano, ignora todavía que los "sacerdotes comprometidos" son los picpucianos. Asegura a Pánfilo que se halla bien, como suficientemente y bebe un vaso de vino o de cerveza el domingo. Después la amargura sale a flote, se excusa de no tener las manos tan limpias como las de su hermano que no deben de hacer otra cosa que pasar hojas de papel. En Hawaii, no hay más manos que las están

mal lavadas, los platos también, pero es algo sin importancia cuando se tiene hambre.

Se muestra más amable con su hermana Paulina, aunque tampoco ella ha dado un solo signo de vida en tres años: *"La visita de los enfermos es una de las grandes ocupaciones de todos los días. La muerte recoge mucha más gente por aquí que la que trae la generación de niños, por eso la población va siempre disminuyendo"*.

La naturaleza no dejaba olvidar. Los temblores de tierra y las tempestades habituales arrasan la isla. El volcán Mauna Loa se despertó, menos brutalmente por cierto que en 1868. La campana que Damián había esperado tanto se soltó y estaba rajada. Dudaba anunciar a los parroquianos la fiesta de la dedicación de la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria en Halawa haciendo sonar una campana que producía un sonido de una cacerola. Estaba descorazonado, se consagró principalmente a construir iglesias que los elementos destruían sistemáticamente después de algunos meses.

En otoño una epidemia de tifus vino a aclarar las filas de la población ya diezmada. El rey Kamehameha V murió el 11 de diciembre 1872 sin heredero. Dos candidatos se presentaron a sus sucesión: David Kalakaua, un nacionalista hawaiano de tendencia militarista, y William Lunalilo, un alcoholístico notorio apodado *Wiskey Billy*. Lunalilo, más popular que su adversario y sostenido por los blancos a quienes la reforma del sufragio había concedido la mayoría de votos, la logró. Pero sus electores le reclamaron las cuentas: exigían que una misión secreta fuera enviada a Washington para negociar un tratado de reciprocidad con los Estados Unidos. La fuerza naval americana podría utilizar las Pearl Locchs (bahías) y considerarlas como propiedad. En contrapartida, los USA no descontarían más la tasa de importación sobre el azúcar hawaiano. Esta exención no podría ser más que provechosa a las plantaciones que, desde la erupción del Mauna Loa, cinco años antes, sufrían de la inestabilidad meteorológica y sobre las cuales acababa de abatirse una ola de insectos que devoraban las cañas de azúcar.

Damián se enteró de la victoria de Lunalilo en el momento en que venía de bautizar un bebé *in periculo mortis*. Damián estaba de muy mal humor, porque el riachuelo que regaba el terreno en que construyó su iglesia de Kawaihae-Uka había cambiado de curso a consecuencia de la sacudida sísmica, obligándole a cavar una cisterna para recoger las raras lluvias. Además, el padre Calixto que había construido la iglesia se había equivocado de parcela y Damián andaba negociando con el propietario, reputado como un fino zorro. Una vez más el provincial Modesto estaba furioso.

A comienzos de abril, Walter Murray Gibson, un aventurero que había adquirido una cierta notoriedad como periodista, publicó un informe sobre un sínodo protestante tenido en Honolulu. La cuestión de la actitud a adoptar con los leprosos había dado lugar a refriegas hostiles contra los blancos. El artículo se terminaba con esta frase histórica, que traducimos aquí del inglés: "Si un noble sacerdote, predicador o pastor cristiano, pudiera tener la idea de

sacrificar su vida para consolar a estos pobres desgraciados, esta alma real brillaría por la eternidad sobre un trono erigido por el amor humano". Estas palabras llenas de compasión devolvieron la esperanza a los enfermos relegados sobre la península, enviaron una petición al nuevo soberano invitándole a hacer una visita.

Tres semanas más tarde, Damián anunció a su congregación que él iría a la isla de Maui para la consagración de la iglesia de San Antonio, de la que había escuchado elogiar su belleza. Llegó en caballo al lugar donde tenía el encuentro con Gulstan. Como había llegado demasiado pronto, se sentó sobre una piedra y contempló el magnífico valle de Waipio. Amaba esta isla, sus cascadas, su arco iris, su población. Cuando percibió un ruido de cascos de caballos, volvió a subir a la montura. *"En ese momento, relata él, escuché una voz diciéndome que ya no volvería a ver más a mis cristianos, mis cuatro bellas capillas. Fue con lágrimas como eché mi última mirada sobre mi cristiandad"*.

Capítulo VIII

LA DECISIÓN. Mayo 1873

"No volveré más" murmuró Damián. Sorprendido, Gulstan no comprendió. Iban a una fiesta, a consagración de una iglesia. Damián espoleó a su montura y los dos fuertes jóvenes galoparon como verdaderos *paniolo*s hasta el descenso hacia Kawaihae. Tuvieron tiempo de celebrar un servicio religioso para los parroquianos que realizaron con ellos la travesía hasta la isla de Maui. "Volveré", les aseguró. De repente, la tensión fue demasiado fuerte. "No volveré", les anunció a pesar suyo. Admirados, todos miraron al sacerdote que lloraba.

Sobre el puente del barco, contempló cuanto tiempo pudo la silueta de su iglesia, las palmeras agitadas por el viento, las casas sobre la playa, el volcán Mauna Kea, los montes Kohala y los lúgubres pilones enderezados del *haeiau* de Puukohala. Atrapado por el mareo del mar, se puso a vomitar.

Sobre el desembarcadero oscilante de Maui, Mons Maigret esperaba a sus dos sacerdotes con caballos. La misión estaba situada fuera de la villa de Wailuku y daba sobre el estrecho valle de Iao, donde Kamehameha el Grande había en su tiempo exterminado el ejército de la isla de Maui. Las plantaciones de caña de azúcar descendían en pendiente suave hacia el mar, los campos de *taro* brillaban al sol. Los eclesiásticos querían ir a ver lo más rápidamente la "perla" construida por Leonor Fouesnel. El campanario del santuario era de base cuadrada, un poco masivo pero daba una impresión de solidez. El reloj francés, con las agujas iluminadas de noche, atraía todas las miradas.

Un hombre pesadamente construido, de vientre prominente y una larga barba blanca, apareció bajo el pórtico. Detrás de sus finas gafas, sus ojos azules, estaban brillantes. El obispo dirigió una gran sonrisa a Fouesnel, un "artista" un tanto pedante que entró en la congregación a consecuencia de una pena amorosa, se murmuraba. Era un hombre de gusto, pero no tenía ni noción del dinero. Dos hermanos conversos, secundados de una pequeña armada de kanakas, habían trabajado a tiempo pleno durante seis años en la realización de su sueño.

La mañana del día siguiente, Fouesnel estaba muy ocupado y tenso, temía que su "*muy pequeña, pequeña*" fiesta - había más de dos mil personas - no tuviera éxito. ¿Dónde estaban los quince músicos? ¿El coro cantaría con acierto? Debía reunir a los candidatos al bautismo y no encontraba a los confirmandos. Los invitados de honor - plantadores, propietarios de fábricas, magistrados - llegaban en un desfile de carrozas y calesas. Redes de encaje barrían los peldaños de la iglesia. Los hawaianos de baja extracción se empujaban con las esperanza de encontrar una plaza en el interior, pero el santuario reservado a los blancos y a los nobles, deberían de contentarse con mirar el espectáculo que le ofrecían los privilegiados.

A las nueve, Fouesnel estaba ante su coral, los brazos separados, la batuta de jefe de orquesta en la mano. Pidió silencio, después, con un gesto enérgico, dio la señal de entonar el célebre cántico *Célébrons ce grand jour*. La fanfarria acompañó enseguida el paso al obispo que dio la vuelta al edificio para consagrarlo. Los catecúmenos, los confirmandos y las parejas que deseaban renovar sus compromisos de matrimonio, cerraban el cortejo. Con la casulla de oro, Fouesnel brillaba de felicidad, era el gran día de su vida.

Eran casi las diez y el calor era insoportable cuando comenzó la misa. Todo salió maravillosamente. De repente, la muchedumbre aparcada al exterior de la iglesia se puso también a cantar con entusiasmo y a cubrir las modulaciones de la coral "oficial". El *Ite missa est* fue acogido con un suspiro de alivio. Aquellos señores y aquellas damas salieron dignamente del lugar santo, se precipitaron bajo la marquesina donde les esperaba un vino de honor refrescante. El banquete que siguió fue acompañado por las salmodias vibrantes de los nativos.

Después de la fiesta, Mos Maigret invitó a los sacerdotes presentes a beber un último vaso sobre la terraza de la casa parroquial. Rogó a Bonifacio Schaeffer relatarles su última visita a Kalawao. El misionero alemán habló de numerosos creyentes que no tenían pastor. El veterano Aubert había ido numerosas veces a Molokai. Habló del cambio que se había operado en el carácter de los leprosos desesperados que vivían en el desenfreno. La leprosería se había convertido en un lugar sin fe ni ley; confirmó el rumor según el cual los enfermos que desembarcaban allí abandonaban su alma para esperar la muerte. Sin embargo, algunos intentaban aún vivir decentemente, tenían gran necesidad de un sacerdote.

Todos los religiosos presentes habían leído el artículo de Gibson llamando al heroísmo cristiano. Si el Levítico (13, 46) decretaba "en tanto dure su mal, él (el leproso) será impuro y, estando impuro permanecerá aparte: su morada estará fuera del campamento", ¿Jesús no dijo al leproso a quien había curado: "Ve a mostrarte al sacerdote" (Mt. 8, 4)?

"*Mueren sin asistencia*", declaró Aubert. Mons Maigret pidió entonces cuatro voluntarios para Molokai: se reemplazarían cada tres meses de entre los leprosos y sus colegas se organizarían para repartirse su trabajo. Aubert se ofreció de inmediato, pero el obispo declinó la oferta del veterano. Gulstan Ropert, Boniface Schäffer, el recién llegado Rupert Lauter y Damián de Veuster levantaron la mano. El prelado decidió - se ignora por qué razón - enviar a Damián en primer lugar.

Fueron reservadas plazas para el 9 de mayo, sobre el *Kilauea* a nombre del cónsul de Francia, de un sacerdote irlandés, de Mons Maigret y de Damián. A excepción de este último, harían un breve tránsito por la leprosería antes de reemprender viaje para Honolulu.

El obispo disponía todavía de cuatro días para arreglar todo con de Vesuter. Gilstan aseguraría el servicio en Kohala; después tres meses más tarde Damián se encargaría de Hamakua. . En Molokai, este último no debería consagrarse únicamente a la leprosería, el objetivo era servir a todas las parroquias de la isla; Maigret estimaba que sería suficiente de organizar un giro por mes en *topside* - era el nombre que le daban al resto de la isla - [*top*: la cumbre + *side*: otro lado] Aconsejó la mayor prudencia a Damián, era necesario evitar a todo precio cualquier forma de contagio, rehusar la pipa comunitaria, no sentarse a la mesa con los leprosos ni comer con los dedos en el mismo recipiente de los enfermos. Le estaba igualmente prohibido utilizar la montura del caballo de un leproso y dormir en la cabaña de un recluso.

Mons Maigret se preguntaba si había hecho una elección juiciosa. Una estancia de tres meses entre los leprosos era suficiente para ser contaminado; quizás sacrificaba cuatro jóvenes hombres con salud, pero ya no podía volver sobre su decisión.

La noticia de que un sacerdote *haloe* iba a establecerse entre los leprosos se extendió como un reguero de pólvora. En Lahaina, los marineros de un velero con destino a Kalawao oyeron hablar de "sacrificio". El rumor saltó enseguida a la leprosería donde fue acogido con alegría, no solamente por los católicos, sino también por el pastor protestante Neku, él mismo leproso, y sus diáconos indígenas. Si el sacerdote estaba decidido a luchar para que los proscritos pudiesen llevar "una vida normal", su llegada beneficiaría a todos.

Escarmentados por las numerosas promesas que jamás habían cumplido, los leprosos hicieron circular una petición para obtener que el sacerdote se quedara. Recogió más de doscientas firmas, lo que suponía algo enorme, cuando se sabe que en enero 1873, residían en Kalawao 429 segregados, 303 hombres y 126 mujeres. El rey Lunalilo, que acababa de ser coronado, se había comprometido, desde el mes de marzo, en una caza al leproso y, casi

cada día, estos parias eran desembarcados por la fuerza en la isla, llegando el número total de relegados a casi quinientos. Algunos estaban muy enfermos como para firmar, otros aún habían abandonado toda esperanza o eran por principio hostiles a los sacerdotes.

La travesía del canal Paliolo fue, como de costumbre, una pesadilla. Como de costumbre, pero también por causa de la emoción, Damián sufrió el mareo de mar. Poco antes de levantarse el sol, percibió una lengua de tierra sobresaliente en la parte baja de un acantilado de seiscientos metros de alto.

El barco arrojó el ancla ante la aldea de Kalaupapa, donde se habían reunido grupos sobre la playa. El barco echó una chalupa al mar, Damián descendió por la escalera de cuerda y ayudó a su superior a hacer lo mismo. Cercana ya la orilla, saltó al agua. Rehusando la mano que se le tendía, avanzó entre el oleaje. Desde la playa vio a Mons Maigret - que volvía una vez más a repetirle: "*Nada de contacto físico, nada de contaminación*" - que asía una mano y agachaba la cabeza para permitir que un leproso le pasara alrededor del cuello un *lei* o collar de flores trenzadas por manos infectadas. Damián constató que algunos leprosos llevaban un rosario al cuello, había por tanto católicos entre ellos. Intentó memorizar sus rostros, pero todos se parecían: cara leonina, orejas deformadas, miembros atrofiados. El obispo tomó la hoja de papel que le remitía un proscrito y leyó la petición: la mitad de los enfermos pedían que Damián se quedara con ellos. El prelado pareció reflexionar, comprendía que no podía ya echar marcha atrás. Ante ello, montó el caballo de un leproso e hizo signos a Damián de seguir su ejemplo.

Los tres sacerdotes y el cónsul se pusieron en camino en medio de una cabalgata de seres humanos deformados por la enfermedad. El cortejo pasó delante de una iglesia con el campanario puntiagudo, Siloama, el templo protestante, después se paró ante el hospital, una serie de hermosas construcciones nuevas, provistas de terrazas sombreadas. Todos pusieron pie a tierra ante un granero recientemente construido, coronado por un miserable campanario, Santa Filomena.

En un instante, la iglesia se llenó con peligro de hundirse. El calor era sofocante y los enfermos con plagas purulentas despedían un olor de carne podrida. "*Es bien semejante al jam foetet de san Lázaro*", pensó Damián. La situación no mejoró durante el oficio. La lepra, al tener como efecto secundario una secreción excesiva de saliva, los enfermos tosían, carraspeaban y escupían en el suelo. Damián tuvo que darse la vuelta para reprimir sus saltos del corazón; intentó aproximarse a la ventana, pero estaba cubierta de los rostros tumefactos.

La comunión fue un verdadero calvario: Damián, el sacerdote irlandés y Mons Maigret depositaron la hostia sobre las lenguas infectadas, tratando de tragarse cuanto era posible su repulsión. Los fieles no habían decorado la iglesia de guirnaldas de flores para honrar a *Lui Ka Epicopo* [Luis el obispo] Zeferino, un joven corista que había sido formado por Leonor Fouesnel, les regaló un vibrante solo que sería desgraciadamente su canto de cisne; ya tenía

los pies comidos por los gusanos. Los acentos melodiosos del *Hosannah* de la Misa de la Coronación de Mozart resonaron en el espacio confinado del granero. El adolescente, cuya voz no había aún mudado, porque la lepra frenaba el crecimiento hormonal, lanzaba a pleno pulmón sus vocalizaciones cristalinas.

Cuando Mons Maigret se volvió hacia la asamblea para pronunciar el *Ite missa est* todos estaban apenados por que la ceremonia hubiera ya terminado. El prelado les propuso hablar en el exterior, para que aquellos que no habían podido entrar en la iglesia pudiesen entenderle. A la sombra de un pandano, un árbol extraño con las raíces aéreas y con las ramas semejantes a cabezas-de-lobo, el obispo les preguntó si estaban bien cuidados. Movieron afirmativamente la cabeza, creyendo que Maigret no fuera un agente del Consejo de salud. Un portavoz explicó al prelado que recibían alimento y vestidos. *¿Alguien tiene aún alguna pregunta? ¿Una petición?* insistió Maigret que no podía creer que todo marchara tan perfectamente como ellos lo aseguraban.

- *El gobierno tiene gran cuidado de nosotros. No nos falta más que una cosa, la presencia de un sacerdote*, declaró el portavoz.

- *Pues bien*, respondió el obispo, *he aquí al padre Damián, que quiere sacrificarse por la salvación de vuestras almas. Aún no tiene casa, nosotros le procuraremos una lo más pronto posible y mientras esperamos, ha consentido libremente acostarse bajo este árbol que nos protege en este momento con su sombra*" El pandano o *puuhala* era el árbol más incómodo bajo el que reposar, pero para los hawaianos significaba la instalación entre ellos de un extranjero; su sistema de raíces aéreas le permitía sobrevivir sobre los suelos más rocosos y le hacía prácticamente indaarraigable.

Para prevenir un eventual fracaso de Damián, Mons Maigret explicó a los leprosos que *Makua Kamiano* había hecho voto de obediencia y que si él, *Lui ka Epikopo*, le llamaba, el sacerdote estaría *"siempre a la disposición de sus superiores. Pero estad muy seguros que no os abandonaremos jamás, ni en la vida, ni en la muerte"*. Si Damián debiera un día dejaros, un reemplazante estaría presto a retomar su trabajo.

El *Kilauea* hizo sonar su sirena para llamar a los visitantes a bordo. La hora de las despedidas había sonado. Emocionado, Damián callaba. Las gentes lloraban, otros se arrodillaban. Maigret les intimó el silencio, deseaba bendecirles. La muchedumbre se apretó alrededor del obispo y Damián pasó todas las penas del mundo al besar una última vez el anillo del prelado a quien había decidido no acompañar hasta Kalaupapa.

"Una quincena de días", le dio cariñoso el obispo. *Te esperaré en Honolulu. Una quincena será suficiente"*. Después el cónsul, el prelado y el sacerdote irlandés partieron para Kalaupapa, escoltados por leprosos a caballo. Damián no tuvo el placer de mirarlos largo tiempo alejarse, porque un joven que parecía estar en buena salud le llamó. José Manu habitaba en el valle muy

próximo de Pelekunu donde sus padres cultivaban el *taro*. La misma mañana les había dejado muy pronto para entregar a la leprosería un cargamento de manojos de *pai'ai*, la materia prima que sirve para la confección del *poi*. Le propuso al misionero que fuera a visitar su valle el día que lo deseara, su barco atracaba casi cada semana en la aldea.

Entonces le llegó el turno de presentarse a un blanco. William Williamson, sujeto británico, había contraído la lepra trabajando como enfermero en Queen's Hospital de Honolulu; al presente era responsable del hospital de la leprosería. Confió a Damián que un simple contacto era suficiente para ser contaminado. Oros pacientes le narraron historias cargadas de una buena dosis de humor negro.

A la caída del día, Damián fue invitado a pasar la noche en diversas chozas, pero rehusó: su obispo le había ordenado que durmiera bajo el pandano. Después de una plegaria a santa Filomena, desenrolló su estera sobre el suelo pedregoso entre las raíces aéreas que le picaban la espalda cuando se daba la vuelta. Miríadas de insectos instalados en las grietas de las rocas se pusieron a hormiguesar sobre todo su cuerpo. Echado, los ojos grandes abiertos, contemplaba el juego de nubes entre las cimas del pandano. Gruesas gotas corrían a lo largo de las hojas cortantes del árbol. Una luz brillante brillaba en uno de los pabellones del hospital que distinguía vagamente detrás de la clausura. Del otro lado, el tabique de madera de la iglesia de santa Filomena le cerraba la vista, pero inclinándose, podía ver la isla de Mokapu (o isla de la tortura), cuya forma evocaba la de una silla de equitación, y la isla de Okale que se asemejaba a un gigantesco alerón de tiburón. Escuchaba los ruidos del poblado que parecía dormido, la resaca del mar sobre los guijarros de la playa, las rocas que se destacaban del *pali*, un perro que ladraba al pie del acantilado, el eco lejano de un tam-tam del lado de Ksalaupapa. Reconociendo el ritmo de las danzas *hula*, tuvo escalofríos en la espalda; el lugar de relegación de los leprosos ¿no era conocido llamado *Ka pa pupuile*, es decir, la casa de los locos?

Al día siguiente, Williamson le hizo visitar el poblado. Descendieron primero a lavarse en el riachuelo, situado a unos quinientos metros. Una canalización llevaba el agua al hospital. Los enfermos que caminaban debían lavarse y afeitarse en el riachuelo pero donde el estado no justificaba la hospitalización para que no se pudrieran en su mugre.

El hospital era limpio y de construcción reciente, los pabellones espaciosos y bien aireados. Pero la brisa que soplaba por las ventanas no disipaba totalmente el mal olor que despedían las llagas. Gusanos infectaban las úlceras y no se procedía más que una vez al día a la limpieza de los suelos alfombrados de evacuaciones líquidas. "La sarna, los vomitonas, los piojos, la suciedad, esto es lo que debemos combatir", señaló sarcásticamente Williamson. Mostró al misionero la prisión, dos celdas provistas de una pequeña ventana donde se encerraba a los ladrones, los asesinos y los locos que allí se morían después de algunos días, ahogados por su olor y sus excrementos; por esto las penas siempre eran breves. En la choza de *poi*

mujeres machacaban las raíces en grandes morteros; trabajaban riendo lamiendo la harina aglomerada en sus dedos deformados antes de desmenuzar un nuevo manojito de *pai'ai*.

Quedaba una última cabaña de la que el enfermero sentía vergüenza. Un hombre, con una venda en la nariz, se dirigía allí empujando una carretilla con que llevaba un montón de trapos. Con un golpe de pie, abrió la puerta pequeña de cuchitril y arrojó allí el contenido de la carretilla: una masa gimiendo se derribó sobre la tierra endurecida. El hombre empujó disgustado el montón informe en el interior de la choza, cerró la puerta, se arrancó la venda de su cara y se alejó. El moritorio, declaró Williamson. A evitar". Al contrario, a visitar a menudo, pensó Damián., que no pudo sin embargo llegar de inmediato a la cabecera del moribundo, porque la visita no había terminado.

Entraron en el poblado y visitaron las chozas. Los pacientes que habían cantado la víspera las alabanzas de *Papa Ole*, el Consejo de la Salud (Board of Health), le calificaban ahora como *Papa Make* o Consejo de la Muerte (Board of death). Ellos injuriaban la indiferencia de las autoridades que recluían a los enfermos. ¿Es verdad que se les daba de comer, pero no se hacía lo mismo con los prisioneros? Sí, los vestidos se los proporcionaban, pero esos pingos debían vestirlos durante un año. Cuando sus fuerzas se debilitaban, no les quedaba otra cosa que esperar que la subalimentación acelerara la llegada de la muerte, porque la tesis que afirmaba que la lepra era indolora era un mito. Cada día, podían constatar a sus compañeros de miseria más gravemente atacados el proceso de deterioro que les esperaba. Cuando vuestros dedos comenzaban a abarquillarse, os quedan como máximo dos o tres años de vida. Cuando vuestros órganos, vuestros pulmones, vuestro hígado, os abandonaban, ya sabíais que estabais al final de vuestras penas. Los sacerdotes habían hablado bellamente del cielo, cuando se vive en el infierno, el "cielo" es una noción totalmente extraña. En esas condiciones era comprensible que buscaran algunos pequeños placeres. Cultivaban la patata dulce, el *awa*, que permitía destilar un buen licor. En cuanto a las raíces de *ki*, daban un matarratas llamado *uui uui uui*, del que un solo sorbo bastaba para derribarlos por tierra.

En Honolulu, Mons Maigret daba vueltas a su decisión de sacrificar un sacerdote. La lectura de un artículo en el *Pacific Commercial Advertiser* no hizo más que reavivar sus dudas. El rey respondía en él a la petición que le habían enviado los confinados. Les aseguraba su simpatía y su amor, pero les exhortaba a comprender que la ley de segregación que había sido impuesta por el interés de la nación y que no podía visitarlos. Esta declaración perjudicaba al nuevo soberano, su razonamiento parecía hipócrita y estaba en contradicción con la actitud heroica de Damián.

Walter Murray Gibson, el periodista que había apelado sobre ello al heroísmo cristiano, publicó bajo el título "Un héroe cristiano" un nuevo papel consagrado a la leprosería. Mons Maigret leyó con emoción este libelo que terminaba con estas frases: "El padre Damián ha tomado una decisión y ha

sido abandonado entre los leprosos sin techo ni vestidos para mudarse, reducido a lo que los leprosos podrían ofrecerle. Las convicciones teológicas de este hombre no tienen importancia, es ciertamente un héroe cristiano". Una mañana, la calesa de un médico se paró delante de la misión para entregar al provincial Modesto veinticinco dólares destinados a Damián. Poco después, al final de una reunión que él presidió, John O. Dominis, el gobernador americano de la isla de Ohau, pidió a todas las personas presentes una contribución para el misionero. Recogió cincuenta dólares que hizo llegar a la misión, donde afluyeron otros donativos y numerosas felicitaciones. Los superiores de Veuster comprendieron que ya no podían llamar a Damián.

Damián mismo rehusó marcharse. Escribió una carta enérgica, casi autoritaria, a su provincial: *"Os envío estas palabras por el schooner Waniki [barco] para haceros saber que en adelante debe haber un sacerdote residente en este puesto. Los enfermos llegan en navíos abarrotados y hay en consecuencia moribundos. Permanezco bajo un puuhala (es decir pandano) esperando la madera para construir una casa tal cual la juzguéis a propósito. Enviéme una caja de vino, alguno libros de piedad y de estudio, algunas camisas, panes de altar grandes y pequeñas, un saco de harina, un baúl cerrado con llave. Por favor, escriba al rev. padre Gulstan para que se encargue de Kohala, mientras espera que yo vuelva allí. A menos que no encontréis uno de los padres de Kona para encargarse de ella. Vos conocéis mi disposición: quiero sacrificarme por los pobres leprosos. La cosecha parece que está bien madura aquí"*.

El primer domingo, a pesar de las ventanas abiertas, el mal olor fue insostenible en la iglesia. El sacerdote soportó, mal que bien, la situación mientras ofició de espaldas a la comunidad, pero cuando hubo de tomar la palabra, fue un calvario, a pesar de que el sermón fue breve. Las cosas se complicaron en el momento de la comunión: intentó no tocar la lengua de los enfermos ni de respirar su aliento, pero con dificultad se podía tragar su bilis.

Cuando tenía tiempo, si iba a reconocer su marco de vida. La iglesia de Siloama estaba construida sobre la colina de un pequeño cráter en forma de anillo. Damián siguió el sendero hasta el borde de la caldera batida por la brisa marina. En el interior hacía frío. El misionero descubriría más tarde de *kokuas* o asistentes no leprosos con estancia ilegal en la isla habían encontrado refugio para sustraerse a las frecuentes inspecciones de Consejo de salud. Corría por el archipiélago que cadáveres de leprosos habían sido arrojados en el cráter, lo que el Consejo desmintió formalmente. Allí se encontraban ciertamente huesos, pero eran restos de víctimas humanas sacrificadas antes de la llegada de los blancos

En dirección al cabo se extendía una planicie desolada, azotada por los vientos y que anteriormente estaba cultivada por el hombre, como testimoniaban los pequeños muros de piedra seca. El oleaje proveniente de Alaska llegaba a romperse en franjas de espuma contra el cabo. La bahía casi idílica de Kalaupapa abrigaba un encantador poblado rodeado de verdes pastos. Allí era donde anteriormente los autóctonos no leprosos. El último tamo de la costa este estaba constituido por la playa de arena negra que se prolongaba hasta el pali, ese gigantesco acantilado desnudo que se elevaba

en algunos lugares a más de seiscientos metros, partido por las cascadas de agua y sembrado de manchas oscuras que revelaban el emplazamiento de los deslizamientos del terreno. Tres valles se hundían en el *pali*.

Damián jamás podría olvidar la belleza de estas extensiones verdosas. Sin embargo, este lugar era una prisión ideal: potentes corrientes marinas y las ruletas peligrosas sobre su cercano fondo, cerraban dos costados del triángulo; el tercero estaba cerrado por un acantilado cuya escalada estaba reservada a personas alertas y en cuya cumbre los fugitivos eran pronto aprendidos.

Rodolfo Meyer fue el primer visitante que se anunció. Este alemán que había desposado con una aristócrata hawaiana, habitaba en la cumbre del *pali* en una bella casa de madera rodeada de terrazas sombreadas. Para cubrir las necesidades de su numerosa familia - tenía once hijos - ejercía diversos trabajos: regía el rancho perteneciente a las princesas Ruht y Bernice, aseguraba el cometido de inspector de los trabajos públicos en la isla y dirigía la leprosería. También poseía un terreno donde había plantado caña de azúcar de donde extraía la pulpa gracias a máquinas encargadas a Europa. Una o dos veces por mes, Meyer descendía el *pali* para una inspección del lazareto. Quería conocer al nuevo sacerdote, pero no era el primer motivo de su visita. Bajo la presidencia de Edwin O. Hall, un hombre muy puritano, el Consejo de salud había adoptado una política mucho más estricta en materia de deportación de leprosos, también el lugar para acogerles faltaba en Kalawao.

Era urgente convencer a los nativos no leprosos de Kalupapa de que vendieran a su vez sus tierras. Meyer estaba encargado de amenazarles de no estar ya autorizados a dejar la península si decidían quedarse. Tenía por el contrario una buena noticia para los leprosos: el poblado de Kalaupapa no les estaba prohibido, podían circular libremente por toda la península.

La tercera razón de la visita de Meyer era aún más delicada: debía expulsar del asilo a todos los individuos sanos, es decir al personal de los leprosos ricos, los *kokua* y los *Kamaaina*. Los *kokua* eran nativos no contaminados que habían acompañado a Molokai a un padre o una madre, un compañero o un niño enfermo; a menudo, después de la muerte de este, volvían a su casa con peligro por ello de propagar la enfermedad. En mayo 1873, la población de la península contaba quinientos leprosos y doscientos individuos sanos. Meyer estaba persuadido que el sobreintendente Jonathan Napela, un antiguo juez de la isla de Maui que había seguido a su esposa enferma Kitty a Kalawao, cerraba los ojos sobre esta situación y hasta contribuía a organizarla.

En principio, Damián no debía permanecer en Molokai más que hasta el 24 de mayo. El 20 de mayo, recibió *"la campana, el vino y el saco de harina"*, pero no la prolongación sin término. Escribió a Modesto para defender su causa: *"Tengo bastantes noticias sobre la cristiandad.- Hay para ocupar a un sacerdote de la mañana a la noche. Tengo ya sobre mi lista 210 cristianos enfermos, una veintena de catecúmenos y una veintena de cristianos no enfermos. La iglesia será demasiado pequeña, lo espero. Ayer misa mayor,*

canto magnífico, muchas comuniones y desde mi llegada confesiones en masa. Según me dicen, en uno de los Kahavai (valles) a algunas millas de aquí por el mar, hay gran número de cristianos. El lugar se llama Pelekunu. Está muy poblado, 300 kanakas, según dicen. Iré el viernes después de la Ascensión para pasar allí el domingo [...] Por favor, hágame saber a qué han llegado con su Grandeza, quién será el sacerdote privilegiado para recoger la cosecha del Señor. Está totalmente madura. Falto de cosechador, perecerá en poco tiempo". Pasa a continuación a hacer una serie de encargos: "Un saco de arroz, una provisión de café con un molino vendrá a propósito, así como una montura de caballo con brida, esto evitará tener que emplear las monturas de los kanakas leprosos. Envíeme también un breviario Si tiene también intenciones de misa, envíeme alguna.. Si no esta sobrecargado, déjeme mis intenciones libres por estos pobres desgraciados. ¡Cuántos moribundos! ¡Cuántas miserias!

El misionero se puso inmediatamente a planificar su trabajo. Veía dos problemas urgentes: era necesario avituallar de agua a los relegados que no residían en el hospital y resolver la cuestión de las tumbas. Solo los ricos leprosos eran enterrados en un ataúd, los otros caían bajo la aplicación del "sistema de los tres nudos" de Kalawao: los enterradores al servicio del Consejo de salud, envolvían el cadáver en una simple tela, generalmente su manta cerraban esta mortaja sumaria con una cuerda: un nudo en los pies, uno en la cabeza y otro en medio; sujetaban el paquete a una bastón y le llevaban sin más ceremonia al cementerio. Como era muy difícil cavar fosas en el suelo de lava los enterradores abrían una cavidad redonda y plegaban el cadáver para meterlo allí. Si el agujero no era bastante profundo, tenían el peligro de que los puercos salvajes desenterraran el cadáver durante la noche. La solución más simple era, según Damián, construir un cierre de madera alrededor del cementerio. Otra posibilidad consistía en echar masa de cemento sobre el cadáver, como una losa, pero esta solución no era más que provisional, porque si el Consejo de salud continuaba teniendo el mismo celo, estos montículos no tardarían en ocupar todo el espacio disponible.

Damián tenía un problema urgente que resolver, personal éste: debía anunciar a sus padres, pero sin asustarles, que trabajaba entre los leprosos. Trata de explicarles con calma y sin asustarles y científicamente la situación dando la lista de todo lo que sabe sobre esta enfermedad: "La lepra es casi incurable. Se desarrolla progresivamente por un deterioro de la sangre. Los primeros signos son manchas negras en la piel, principalmente en las mejillas. En esos lugares el paciente no experimenta más sensación alguna. Después de un cierto tiempo, todo su cuerpo se cubre de semejantes manchas. Después vienen las llagas que se infectan, sobretudo en las manos y en los pies. Los dedos de los pies se carcomen y, en ese momento, un olor nauseabundo se desprende de las llagas. Su aliento envenena el aire".

Capítulo IX

HACERSE ACEPTAR Mayo 1873 - Enero 1874

El joven hawaiano Joseph Manu atrajo la canoa a la playa de Kalawao y se puso a descargar los paquetes de *pa'i'ai*. Leprosos y *kokua* acudieron de todas partes. El superintendente Napela llamó a los nombres que figuraban en la lista. Los más fuertes prometieron ocuparse de los más débiles que se habían quedado en su casa y se apoderaron de todas las raciones.

Damián se preguntaba cómo cambiar este sistema, pero lo reflexionaría más tarde. Joseph estaba preparado a llevarle al valle de Pelekunu, que el misionero aspiraba a descubrir después de unas semanas de reclusión en la leprosería. Antes de montar en la embarcación, recitó un acto de contrición bajo la mirada hostil de ciertos enfermos y de algunos *kamaaina*.

Remaron a buena marcha y llegaron rápidos a Pelekunu o "valle maloliente". La grieta que cortaba el acantilado era tan profunda que ciertas partes no veían jamás el sol y la vegetación pudriéndose esparcía un olor pestilencial. Los padres de Joseph, que eran protestantes, invitaron al misionero a utilizar su casa como iglesia y le propusieron a su hijo que no estaba bautizado como acólito. Habiendo Damián rehusado la segunda oferta, no se sintieron ellos los cuatro a gusto. Joseph Manu fue a buscar devotos que llenaran progresivamente los lugares. Damián les prometió convertirlos, movieron la cabeza con entusiasmo, añadiendo: "Pero no hoy".

El sacerdote se sentía complacido por morar en una familia normal, compartiendo con ella el *poi* en la misma marmita, por no tener que rehusar el pescado fresco, hasta el vaso de agua le parecía tener mejor gusto. Los dos días pasados en Pelekunu fueron un verdadero descanso.

Joseph llevó después a Damián a diversos poblados de la costa norte. En Halawa, un poblado del cabo este, la acogida no fue de las más cordiales, porque la mayoría de los habitantes eran *kamaaina* de Kalawao que tuvieron que dejar sus tierras y no aceptaban que el sacerdote pudiera circular libremente cuando el acceso a la leprosería les estaba prohibido. A partir de Hamawa, Damián continuó a pie. Se tomó tiempo para visitar la cantidad de pueblecitos y de puertos de la costa sur, después comenzó bajo un sol ardiente, la ascensión del volcán principal de Molokai. Pronto aparecieron los pastos en que pacían los rebaños de Meyer, que prestó una montura al misionero para cabalgar con él hacia el *pali*. El viento se desencadenó en la cumbre del acantilado. Damián vio la gruesa piedra donde venían a acostarse las mujeres deseosas de romper la maldición de la esterilidad, pero su atención se dirigía a la lengua de tierra que veía a seiscientos metros más

abajo.. Distinguía la iglesia de Siloama y el cráter en forma de anillo, llamado por los nativos *ka uha ko*, en razón de su semejanza con un ano hinchado.

De vuelta en Klawao. Damián redactó sus estadísticas. De las treinta y cinco personas que había bautizado, cinco ya habían muerto. El joven Zéphérin no era ya más que un deshecho tiritando bajo una manta apestosa, una mirada un rostro inflado con ojos suplicantes, un viejo con el cuerpo descompuesto. No tenía más que dieciséis años, pero a consecuencia de su enfermedad, jamás había llegado al estado de pubertad: sin barba, sin pelo en el pecho ni en el pubis. Damián había convencido a Williamson el guardarle en el pabellón de los enfermos, pero el enfermero había rehusado, temiendo desmoralizar a los otros pacientes.

La puerta del moritorio se cerró brutalmente sobre Damián y el adolescente. Zéphérin estaba echado en el suelo, gemía. Llamaba a su madre, a los suyos, su casa. Damián le prometió acogerle pronto en la casa del padre celeste. Con una voz rota el misionero le dio los últimos auxilios para un joven católico, antiguo alumno del colegio de Picpus en Ahuimanu. Buscó sobre la cabeza esquelética del moribundo un lugar no infectado donde administrarle la extremaunción. Un espasmo agitó el cuerpo del adolescente y un pie comido por los gusanos apareció debajo de la manta. Damián se estremeció y quiso huir, pero la súplica muda que leía en sus ojos del moribundo se lo impidió. Entonces, a pesar de la prohibición de su obispo el sacerdote se puso a acariciar la nuca del leproso, en el lugar donde las ulceraciones no habían aún atacado la piel. Le joven entregó su alma en los brazos del misionero.

Conmovido, Damián se fue a la iglesia para colocar los santos óleos cuando vio a Napela. Con una gran sonrisa, el superintendente le anunció que la madera para la casa parroquial, lo mismo que la campana, acababan de ser desembarcadas en Kalaupapa. Ponía el carro de bueyes del Consejo de salud a la disposición del misionero. Algunos hombres válidos y una banda de niños le prometieron su ayuda. Transportaron las planchas y las colocaron con cuidado y seleccionándolas sobre la hierba, juntando con ellas la madera que había sobrado de la construcción de santa Filomena. La esposa de un portugués pidió humildemente algunos postes para prepararse un abrigo y Damián se los ofreció generosamente.

Cuando la pesada campana fue instalada en el minúsculo campanario, Damián pidió a los niños que se dispersaran para que fueran testigos de hasta dónde les llegaba el sonido. Toda la población de Kalawao se prestó al "juego", extendiéndose enseguida por todas las direcciones, la costa, el *pali*, el cráter y mucho más lejos, para escuchar el primer tañido de la campana que, posteriormente, sonaría más a menudo con un tañido fúnebre que alegre.